MALACHY TALLACK

ILUSTRACIONES DE
Katie Scott

Islas des-conocidas

Un ARCHIPIÉLAGO de MITOS, MISTERIOS, FANTASMAS y FRAUDES

geoPlaneta

Islas des-conocidas

Un archipiélago de mitos, misterios, fantasmas y fraudes

Malachy Tallack

Ilustrado por Katie Scott

geoPlaneta

Islas des-conocidas
Título original: *The Un-Discovered Islands*

DE LA EDICIÓN EN ESPAÑOL
geoPlaneta
© Editorial Planeta, S.A., 2017
Av. Diagonal 662-664. 08034 Barcelona
info@geoplaneta.com – www.geoplaneta.com
1ª edición en español: octubre del 2017
© Traducción: Blanca Ribera, Jorge Rizzo, 2017

DE LA EDICIÓN ORIGINAL
© Polygon, an imprint of Birlinn Ltd., 2016
www.polygonbooks.co.uk
© Textos: Malachy Tallack, 2016
© Ilustraciones: Katie Scott, 2016

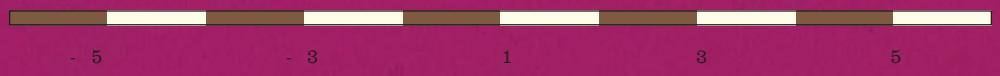
ISBN: 978-84-08-17279-6
Depósito legal: B. 6.721-2017
Impresión y encuadernación: Cayfosa

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Sumario



4. Introducción

6. Islas de vida y muerte

28. Los pioneros

50. La era de la exploración

72. Islas sumergidas

94. Islas fraudulentas

116. Des-conocimientos recientes

138. Otras islas des-conocidas

141. Referencias

143. Lecturas recomendadas

Isla
de vi
mu

as
da y
erte

Islas de vida y muerte

12. Las islas de los Bienaventurados

16. Kibu

20. Hawaiki

24. Hufaidh

Islas de vida y muerte

CUANDO MIRAMOS AL CIELO imaginamos dioses; cuando miramos al océano imaginamos islas. El vacío es aterrador, así que rellenamos las lagunas de nuestro conocimiento con cosas inventadas, que nos reconfortan y que, a la vez, crean conflictos provocados por nuestro deseo de saber y comprender; un deseo que a veces acaba devolviéndonos el vacío que queríamos llenar.

Porque, desde que el hombre empezó a inventar historias, inventamos islas. Ahí están, en la literatura y en las leyendas. Para las sociedades que viven a orillas del mar, soñar con otras costas es lo más natural del mundo. Los polinesios, los árabes de las marismas, los antiguos griegos, los celtas... todos imaginaron tierras más allá del horizonte. Todos contaban historias de islas.

Estos lugares no eran como el resto del mundo conocido. Eran regiones sobrenaturales, donde la línea entre la vida y la muerte era imprecisa. El océano nos separa de otras tierras, igual que la muerte nos separa de los vivos. Se puede cruzar al otro lado, pero solo una vez. Las islas, pues, son metáforas perfectas de otros mundos y otras vidas. Están separadas, pero conectadas; están distantes, pero accesibles. El mar de la muerte está salpicado de islas imaginarias.

Hoy en día intentamos trazar fronteras indiscutibles entre hechos y ficción. Pero el mito, la superstición y la religión han formado parte de la vida humana desde siempre. Han forjado nuestro pensamiento y guiado nuestras acciones. La comprensión que adquirimos de nuestra existencia está vinculada a las historias que nos contamos. Así que, aunque las islas de este capítulo sean míticas, no por ello son menos reales.

Las islas de los

LA NOCIÓN DEL paraíso en la Tierra ha formado parte de las tradiciones míticas europeas desde la Antigüedad, y en la *Odisea* de Homero encontramos una de las más antiguas versiones de esta historia. En ella, el Elíseo, o los Campos Elíseos, es la tierra a la que van a parar los elegidos de los dioses. Según Proteo, el viejo dios del mar, la gente allí "llevaba una vida más fácil que en ningún otro lugar del mundo, porque en el Elíseo no cae la lluvia, ni la nieve, y el océano respira con un viento constante del oeste que canta suavemente desde el mar, e insufla vida a todos los hombres". No era, pues, un lugar más allá de la muerte, sino una alternativa a la muerte.

Pero los griegos antiguos no tenían una única versión de esta historia. Era una idea cambiante y variopinta. En tiempos de Platón, hacia el s. V a.C., el Elíseo se imaginaba casi siempre como una isla o un archipiélago en el océano occidental. Era conocido como la isla Blanca, o las islas de los Bienaventurados, un lugar que cualquiera podría anhelar.

En *Gorgias*, uno de los diálogos de Platón, Sócrates demuestra su propia fe en términos similares a los de la religión cristiana, aún inexistente. Tras la muerte, dice, cuerpo y alma se separan, pero ambos conservan su esencia. El que fue gordo sigue gordo, los tullidos siguen tullidos, al menos durante un tiempo. Del mismo modo, "cuando un hombre es desprovisto de su cuerpo, todos los afectos naturales o adquiridos del alma quedan a la vista". Entonces, a diferencia del cuerpo, el alma debe enfrentarse al juicio tras la muerte, del que se

encargan los tres hijos de Zeus. Éaco juzgaba a los del oeste, Radamanto a los del este y Minos era el árbitro final. El que ha "sido injusto e impío debe ir a la cárcel de la expiación y del castigo, que llaman Tártaro", mientras que "el que ha llevado una vida justa y piadosa debe ir, después de muerto, a las islas de los Bienaventurados y residir allí en la mayor felicidad, libre de todo mal".

Sócrates sabía que sus interlocutores –los retóricos Gorgias, Calicles y Polo– consideraban esa historia un mito. Pero les sugería que lo reconsideraran. Había vivido bien toda su vida, y estaba listo para presentar su alma "lo más sana posible ante el juez". ¿Tenían ellos la misma confianza? "El hecho –les dijo Sócrates– es que es más feo cometer injusticia que sufrirla, y... hay que seguir, por encima de todas las cosas, la realidad y no la apariencia de la virtud, tanto en la vida pública como en la privada". Solo así podemos asegurarnos un lugar en el paraíso.

Bienaventurados

Según los relatos antiguos que se conservan, los celtas también creían en una isla bienaventurada. De hecho, había varias islas así, entre ellas Tír na nÓg, la tierra de la eterna juventud. Fue allí donde se fugó el joven poeta guerrero Oisín con Niamh, la hija de un dios del mar, llamado Manannán mac Lir. Tres años después del matrimonio, al volver a Connemara para visitar a su familia, Oisín descubrió que un año en Tír na nÓg equivalía a un siglo en Irlanda. De manera que su familia había muerto tiempo atrás.

Había muchos otros reinos así. Como la isla de Mag Mell, parecida al Elíseo de Homero, donde los elegidos vivían junto a las deidades, sin dolor

ni enfermedad. También estaba Emhain Ablach, y su equivalente galés, Ynys Afallon, la isla de las manzanas. Para los celtas, la abundancia de fruta era una característica clave de este lugar.

En la Edad Media, esa isla de las manzanas fue conocida sobre todo como Avalon. Fue allí donde se forjó la espada del rey Arturo, ***Excalibur,*** y donde el propio rey se retiraría tras resultar herido en la batalla de Camlann. Como en el caso de los griegos de la Antigüedad, el heroico Arturo se había ganado su lugar en la isla de los Bienaventurados, que se convirtió en una alternativa a la muerte. Según la leyenda, el rey regresaría un día de Avalon para luchar por su pueblo: sería una especie de mesías celta.

Gran parte de la historia de Arturo deriva del relato del clérigo Geoffrey de Monmouth, del s. XII. En su ***Vida de Merlín,*** Geoffrey describía Avalon con cierto detalle, un detalle extraído directamente de la tradición romana de las islas Afortunadas y de las tradiciones griegas del Elíseo, el jardín de las Hespérides y las islas de los Bienaventurados.

> *La isla de las manzanas que los hombres llaman "la Isla Afortunada" recibe su nombre del hecho de que es un lugar que produce todas las cosas por sí misma; por ejemplo, los campos no tienen necesidad de ser arados por los campesinos, y en general, los pobladores no necesitan de nada más, porque todo se lo proporciona la naturaleza. De por sí, Avalon produce cereales y uvas, y los manzanos crecen en sus bosques, después de que la hierba es cortada. La tierra produce todo lo que se requiere para vivir bien, y la gente que vive allí llega al centenar de años o incluso más.*

En la cartografía, las islas Afortunadas acabaron asociándose con las Canarias, a menudo representadas en los mapas medievales como ***Insula Fortunata***. Pero no se olvidaron los orígenes míticos del nombre. Aunque las enseñanzas cristianas insistían en que el paraíso se encontraba en un reino sobrenatural, la idea de una tierra prometida en la Tierra nunca abandonó el imaginario europeo. La isla de la fruta siguió presente en el horizonte occidental. En Inglaterra, la maravillosa tierra de Cockaigne era sujeto de innumerables historias y poemas; en Alemania se conocía como Schlaraffenland, la tierra de la leche y la miel; y en España se llamaba Jauja, el nombre de una pequeña ciudad de Perú. Muchos de los exploradores europeos que surcaban el Atlántico en los ss. XIV y XV esperaban encontrar un lugar idílico. Después de Colón, durante un tiempo pareció que se habían cumplido las expectativas, y el lenguaje y las imágenes asociadas en otro tiempo a las islas Bienaventuradas se asignaron al continente recién descubierto. Habíamos hallado la tierra prometida, y se llamaba América.